

188



La carta a los Filipenses
y la carta a Filemón:
claves de lectura

Camille Focant

verbo divino

CB
188

CAMILLE FOCANT

**La carta a los Filipenses
y la carta a Filemón:
claves de lectura**

evd

En 1548, lo que más llamó la atención a Juan Calvino del célebre himno a Cristo presente en la carta a los Filipenses (Flp 2,6-11) fue la regla del «buen vivir». Las relaciones entre cristianos encuentran aquí una expresión sublime de su fundamento. Pero hay más. Como se verá en el cuaderno, se trata más bien de un «elogio» que de un himno, en el que se exaltan la identidad divina, su visibilidad y su fuerza paradójica.

Camille Focant ya nos había introducido a este pasaje en una contribución reciente.¹ Posteriormente, publicó un comentario notable sobre el conjunto de la carta y la de Filemón.² Esto le ha permitido ofrecernos ahora un cuaderno que tiene en cuenta los últimos avances de la investigación posterior a la presentación hecha por Simon Légasse en 1980.³

El elogio no puede aislarse de la carta. Desde el principio se resalta la dimensión afectiva: Pablo habla de alegría y tristeza; está en la cárcel, pero su desgracia se transforma en dicha. Aparece la profunda amistad que lo une a sus destinatarios, de donde procede su responsabilidad como educador: debemos vivir el Evangelio. La «gloria vana» se desmorona ante la «gloria de Cristo». La comunidad perfecta se construye —o se reconstruye— a través de las pruebas y en el amor.

En un escrito redactado con urgencia, Pablo pide un servicio a Filemón en nombre del amor: replantearse la relación, como amo, con un esclavo. La carta es breve y se comenta a menudo con la de Filipenses porque también está escrita en la cárcel. Mejor que un largo discurso, nos sitúa antes las elecciones que en conciencia hay que tomar por el Evangelio.

Es fácil de entender que estas dos cartas antiguas no carecen de actualidad, tanto para las iglesias como para cada persona y cada educador. Concluimos con una breve explicación sobre la división en capítulos y versículos de la Biblia; se ha hecho tan habitual que se olvida que no es original.

GÉRARD BILLON

Camille Focant es profesor emérito de exégesis de Nuevo Testamento, decano honorario de la Facultad de Teología y vicerrector honorario en la Universidad Católica de Lovaina. Es también miembro de Académie royale de Belgique y de la Studiorum Novi Testamenti Societas (Cambridge). Autor de *de L'Évangile selon Marc* (Cerf, 2004), de *Marc, un évangile étonnant. Recueil d'essais* (Peeters, 2006) y de *Vives. Femmes de la Bible* (Lessius, 2007, con André Wénin), ha publicado recientemente *Les Lettres aux Philippiens et à Philémon* (Cerf, 2015). Ha dirigido con Daniel Marguerat *Le Nouveau Testament commenté* (Bayard/Labor et Fides, 2012), y escribió el Cuaderno Bíblico 181 titulado *Marcos: cinco claves de lectura* (2017).

¹ Camille FOCANT, «Philippiens 2,5-11 face à la pluralité des lectures», en Béatrice DE BOISSIEU *et al.*, *L'hymne au Christ (Philippiens 2,5-11)*, Supplément aux Cahiers Évangile 164, 2013, pp. 3-18.

² Camille FOCANT, *Les Lettres aux Philippiens et à Philémon*, Cerf, 2015.

³ Simon LÉGASSE, *La carta a los Filipenses. La carta a Filemón*, Cuaderno Bíblico 33, 1980.

La carta a los Filipenses: claves de lectura

Nos encontramos ante una carta de Pablo en la que no lucha contra interpretaciones erróneas del Evangelio. En esta obra de madurez deja aparecer sus emociones más que en cualquier otra. A la primera comunidad que fundó en el territorio europeo le comunica como amigo sus noticias y comparte con ella algunas convicciones fundamentales, como que las relaciones entre cristianos se fundamentan en el misterio de Cristo, en quien la «forma de esclavo» revela la «forma de Dios», toda una expresión sublime del amor-*agápe*.

Camille FOCANT

I – Visión de conjunto

Enviada desde la cárcel, la carta a los Filipenses es la más conmovedora de todas las escritas por Pablo. Deja hablar en ella sus sentimientos y emociones más que en cualquier otra. En esta ocasión no escribe para combatir una interpretación desviada del Evangelio, la propuesta por falsos hermanos (Gal), ni para desarrollar su síntesis sobre la justificación por la fe (Rom), ni para responder a los problemas encontrados en una comunidad fundada por él (1 Cor). De alguna manera, la carta a los Filipenses parece más desinteresada. Es la carta de un amigo que comunica sus noticias expresando, a menudo con ardor, las convicciones fundamentales que comparte con sus queridos hermanos.

La ciudad de Filipos

Conocida al principio con el nombre de Datos, recibió después el nombre de Crénides en el 361 a.C. Pero desde el 356, fue anexionada por Filipo II de Macedonia, que la convirtió en centro de explotaciones mineras —especialmente de importantes yacimientos de oro— del monte Pangeo. Además, el dominio de la ciudad, situada a 13 km del Mediterráneo (Neápolis), permitía controlar mejor la ruta marítima que conduce a los estrechos del Helesponto (Dardanelos) y del Bósforo. Consciente de esta posición estratégica para acceder a Asia, el rey macedonio reforzó las fortificaciones de la ciudad. Era lo suficientemente importante para él como para conferirle su propio nombre: Filipos.

Próspera bajo Filipo II y Alejandro Magno, Filipos perdió después su importancia hasta la conquista de

Macedonia por los romanos en el 167 a.C. (batalla de Pidna). Estos abolieron la monarquía macedonia y dividieron la región en cuatro «distritos». Filipos pertenecía al primero de estos cuatro distritos de Macedonia (Hch 16,12), cuya capital era Anfípolis. Su importancia estratégica fue reforzada por la construcción de la vía Egnatia, la principal vía romana hacia el este (desde el Adriático hasta Bizancio). Filipos se convirtió en una ciudad de paso y parada (véase mapa, p. 11).

En el 42 a.C., Antonio y Octavio la convirtieron en una colonia romana después de derrotar en Filipos a Bruto y Craso, los asesinos de Julio César. Los dos generales romanos instalaron en ella a sus veteranos. La presencia de estos se vio reforzada de nuevo por Octavio después de derrotar a Antonio en

Accio en el 31 a.C. En esta ocasión, Octavio concedió a la ciudad el *ius italicum*, el estatus jurídico más privilegiado para una provincia fuera de Italia, con el reconocimiento del derecho a la propiedad y la exención del impuesto sobre la propiedad y de la capitación.

Esta breve historia pone de relieve el carácter militar y fuertemente romano de Filipos. Es interesante leer lo que Aulo Gelio (erudito latino del siglo II d.C.) escribe a propósito de la colonización romana (véase recuadro inferior). Su descripción de una Roma en miniatura es particularmente apropiada para la colonia de Filipos, la única de las nueve colonias romanas visitadas por Pablo específicamente designada como tal en el libro de los Hechos (16,2).

Los hallazgos epigráficos en Filipos confirman que la administración era típicamente romana. No se superponía a instituciones locales como en Antioquia o Iconio, por ejemplo, sino que las suplantó. Las inscripciones de la época, escritas generalmente en latín, atestiguan el orgullo y la lealtad de los veteranos

a Roma y al emperador, que van de la mano con el escaso interés por la cultura helenística. Ninguna colonia romana de Asia Menor era, ni por asomo, tan romana como Filipos.

La población global de la ciudad en el siglo I d.C. se estima en una cantidad entre 5000 y 15 000 habitantes, de los que una cuarta parte eran ciudadanos romanos. Entre los colonos se reclutaba a la élite llamada a las más altas funciones. Su establecimiento solo puede explicarse por el expolio de las propiedades de numerosos autóctonos.

Numéricamente minoritarios en Filipos, los ciudadanos romanos eran, sin embargo, ideológicamente mayoritarios; su influencia en el estatus y el comportamiento social, sobre los valores y la representación del honor, era desproporcionada con respecto a su número y estaba marcada por un espíritu militar. Su particular sensibilidad hacia un *cursus honorum* se refleja en las inscripciones que muestran el orgullo de los filipenses por exhibir los cargos que ocupaban, aunque fueran de poca importancia.

Aulo Gelio, *Noches áticas*, XVI, XIII,8-9

«En cambio, las relaciones de las colonias son distintas, porque no acceden desde fuera a la ciudadanía, ni se apoyan en sus raíces originales, sino que son como una prolongación de la propia ciudadanía romana y tienen todos los derechos e instituciones del Pueblo Romano, no los de su propio arbitrio. No obstante, esta condición, aun siendo más sujeta y menos libre, se considera mejor y más ventajosa por la grandeza y majestad del Pueblo Romano, de quien estas colonias parecen ser pequeños retratos y representaciones.»

Esta sensibilidad de los colonos se contagió a toda la sociedad.

En tal contexto, no sorprende lo más mínimo que el culto imperial tuviera una función central en la vida social de los filipenses. El emperador era destinatario de ritos y honores públicos. El templo donde se realizaba este culto estaba situado en el foro romano de Filipos. Así, para los residentes de la colonia era imposible olvidar el lugar que ocupaba Augusto como su fundador ni la posición de la familia impe-

rial en la cima de la jerarquía de poder y de honor en el Imperio.

En las monedas acuñadas para conmemorar la victoria de Augusto vemos, por una cara, dos altares con las palabras *VIC(toria) AU(gusta)* y, por la otra, un arado con las palabras *COL(onia) PHIL(ippensis)*. Es la confirmación de que la victoria de Augusto tuvo una función central en el desarrollo de los honores dados al emperador y en el establecimiento de un culto imperial en el seno de la colonia de Filipos.

La fundación de la comunidad cristiana de Filipos

En la historia del cristianismo primitivo, se trata de su primera incursión conocida en tierra europea. De ahí la importancia de la fundación de la comunidad de Filipos. Solo tenemos información sobre ello en los Hechos de los Apóstoles, cuya fiabilidad histórica es objeto de controversia. Sin embargo, la noticia se encuentra en la parte de Hechos menos controvertida. Y sobre los elementos que pueden cotejarse históricamente, la exactitud de Hechos es sorprendente.

En el relato de la primera visita de Pablo a Filipos, hacia el 49 d.C., los Hechos confirman ante todo el carácter fuertemente romano de la ciudad: en esta colonia romana (Hch 16,12), los habitantes están orgullosos de sus costumbres romanas (Hch 16,21) y son conscientes de la ciudadanía romana (Hch 16,37). Pablo había desembarcado en Neápolis con sus cola-

boradores Silas y Timoteo, y, quizá, también Lucas, implícito en esta primera «sección nosotros» del libro de Hechos (16,10-17). Después, tomaron la vía Egnatia para llegar a Filipos.

Habitualmente, según Hechos, el primer paso dado por Pablo al llegar a una ciudad era encontrarse con la comunidad judía en la sinagoga. No es este el caso en Filipos, donde no había sinagoga entonces. La presencia judía parece haber sido muy reducida. Esto explica, probablemente, por qué Pablo no cita prácticamente en su carta las Escrituras judías.

La comunidad que fundó en Filipos estaba formada exclusivamente, o casi, por cristianos de origen pagano. En todo caso, los dos primeros convertidos, según Hch 16,14-15.40, son Lidia, una mujer de

negocios pagana, temerosa de Dios, y un guardia romano de la cárcel. Además, los nombres de los miembros de la comunidad cristiana de Filipos mencionados por Pablo mismo son griegos (Epafrodito, Evodia y Síntique) o romanos (Clemente). A lo que puede añadirse que Pablo se dirige directamente a los filipenses utilizando la forma latina de su nombre: *Philippesioi* en Flp 4,15.

Cabe suponer que la acción de Pablo de dirigirse el día de sabbat a un lugar cercano a un río donde él cree que la gente se reúne para orar (Hch 16,13-15) es provocada por la ausencia de sinagoga. De hecho, encuentra a un grupo de mujeres, de las que una, Lidia, se convierte; ella se bautiza con todos los miembros de su casa. Esta comerciante de púrpura disponía de los medios económicos para organizar una buena y amplia acogida. Así, su casa se convierte en el lugar de residencia de Pablo y de sus colaboradores, y posiblemente en el lugar de reunión de los convertidos a Cristo. ¿Ejercía un liderazgo en esta pequeña comunidad naciente, ampliada por la conversión de las personas de la casa del carcelero (Hch

16,33)? Es una hipótesis verosímil, pero no se especifica en Hechos.

La visita de Pablo a Filipos no transcurre tranquilamente. Al exorcizar a una esclava que practicaba la adivinación, desencadena la cólera de sus amos que se ven privados así de unos ingresos notables. Esto provoca un tumulto y un encarcelamiento acompañado de latigazos (Hch 16,16-24). Pablo corrobora, en su correspondencia con los tesalonicenses, que tanto él como sus colaboradores sufrieron y fueron insultados en Filipos (1 Tes 2,2).

Resulta difícil determinar el estatus social de los cristianos de Filipos. Pablo subraya en 2 Cor 8,1-4 (véase también 2 Cor 11,8-9) la pobreza de los macedonios que le ayudan. Lo que no impide la generosidad de los filipenses, que es evocada más de una vez (Flp 1,5; 4,15-18). Pero los datos de los que disponemos son tan escasos que no parece posible esbozar una descripción social de los cristianos de Filipos y de su comunidad, como tampoco de su tamaño. Es mejor reconocer nuestra ignorancia al respecto.

Una o varias cartas a los Filipenses

La oposición a la unidad de la carta a los Filipenses comenzó en el siglo XIX —se distinguían entonces habitualmente dos cartas: una llamada de cautividad y la otra de combate—. Posteriormente, algunos propusieron aislar aún una tercera carta que sería de

agradecimiento. Las reconstrucciones de estas tres cartas varían en detalles. Pero, en general, los partidarios de una pluralidad de cartas originales luego recopiladas en la carta actual a los Filipenses, las dividen como sigue: una carta de agradecimiento (4,10-20 o

4,10-23), una carta de cautividad (1,1-3,1 + quizá 4,1-9 y 20-23) y una carta polémica (3,2-21 o 3,2-4,9).

Se han aducido tres argumentos contra la unidad de la carta. Se comenta, en primer lugar, el cambio de tono al comienzo del capítulo 3. Mientras que se expresa de manera apacible en los dos primeros capítulos y critica a sus adversarios con cierta contención (1,15-18), Pablo se vuelve después resueltamente polémico e incluso sarcástico (3,2-5). En segundo lugar, puesto que 3,1 puede leerse como el final de una carta, es posible ver en el versículo siguiente el comienzo de otra carta originalmente diferente. Esto permite identificar una carta polémica (3,2-21).

Una segunda ruptura es subrayada a menudo en 4,10, donde comienza un largo pasaje de agradecimientos a la comunidad cristiana de Filipos por haber ayudado económicamente a Pablo (4,10-20); algunos consideran que este pasaje hubiera estado mejor ubicado al comienzo de la carta y que interrumpe el hilo del discurso que podría continuarse pasando del v. 9 a los vv. 21-23. Un tercer argumento procede de la *Carta de Policarpo a los Filipenses*, donde el obispo de Esmirna invita a estos a releer y meditar las cartas (*epistolai*) que Pablo les había escrito (3,2); sería un indicio de que la actual carta agrupa varias cartas distintas y fusionadas posteriormente.

Pero los partidarios de la unidad, que son actualmente la mayoría, no carecen de argumentos. Para comenzar, rechazan las tres observaciones mencionadas.

En primer lugar, no se cuestionan los cambios de tono y los indicios de ruptura en el texto de la carta. Pero es posible explicarlos de otro modo en lugar de recurrir a una pluralidad de cartas. La ruptura más importante es la del comienzo del capítulo 3. Los que traducen el imperativo *blepete* (3,2) por «guardaos» hipotetizan que este grito apasionado de Pablo pudo producirse después de una interrupción en el dictado de la carta, quizá después de que el apóstol hubiera recibido noticias alarmantes de Filipos, por ejemplo, a través de Epafrodito (2,25-30), que habría llegado mientras tanto.

Pero si se traduce *blepete* por «considerad», que es también muy probable, la ruptura parece menos fuerte. En este caso, el propósito de Pablo no es poner en guardia contra los adversarios judaizantes que estarían interviniendo en la comunidad cristiana de Filipos. Su objetivo sería más general: invitar a sus miembros a examinar atentamente el peligro que puede amenazarlos si miran bien lo que sucede en otras partes, en la Iglesia y fuera de ella. En este caso, la perspectiva, como en el resto de la carta, es la de la formación, no la de la polémica.

En cuanto a los agradecimientos de 4,10-20, resulta difícil leerlos en sí mismos como una carta independiente. Si Pablo los coloca al final de la carta, se debe sencillamente a que son secundarios con respecto a su objetivo fundamental: continuar con la formación de los discípulos de Cristo que había comenzado durante su estancia en la ciudad. Este pasaje es leído entonces como un *post scriptum* de agradecimiento.

Por su parte, el argumento sacado de la carta de Policarpo pierde mucha consistencia si se observa que en el mundo helenístico el plural *epistolai* se utiliza a veces para designar una sola carta. Es igualmente posible que en su época, el siglo II, Policarpo conociera ya un corpus de carta paulinas y que al escribir el plural pensara en el conjunto de las cartas escritas por Pablo y conocidas por los filipenses, o al menos las dos escritas a los cristianos de Macedonia: Filipenses y Tesalonicenses.

A esta refutación, los partidarios de la unidad añaden un argumento positivo. Subrayan los numerosos paralelos temáticos y lexicográficos que se encuentran a través de toda la carta, incluso en las partes que sus adversarios querrían aislar entre sí. En particular, pueden subrayarse tres temas: la comunión o participación (*koinonia*) en 1,5; 2,1; 3,10; la manera de

pensar y comportarse (*phroneo*) en 1,7; 2,2.5; 3,15.19; 4,2.10; el sufrimiento compartido en 1,29; 3,10.

Dos razones complementarias conducen a optar a favor de la integridad de la carta. Ante todo, la tradición manuscrita no atestigua ninguna otra versión de la carta de Pablo a los Filipenses que la canónicamente adoptada. Y el ejemplo de la recopilación de las cartas privadas de Cicerón hecha por su secretario Tirón después de su muerte con un interés biográfico, no puede invocarse como criterio de comparación, porque no se trata de una combinación de cartas, sino de una simple compilación. Es preciso reconocer que en la Antigüedad no encontramos ningún ejemplo de cartas o de fragmentos epistolares posteriormente combinados y presentados con cortes y costuras bajo la forma de una carta única. ¿Quién habría tenido la extraña idea de hacer este trabajo y con qué motivo?

Autor, fecha y lugar de redacción

La atribución a Pablo no es prácticamente cuestionada. Incluso los partidarios de la división de la carta actual en dos o tres cartas consideran que todos los fragmentos proceden de Pablo. Él se presenta desde el primer versículo como el autor de la carta. Y el retrato que esta deja percibir de su autor se corresponde con lo que sabemos de él por otras fuentes. Los sentimientos que refleja (1,18-24), los datos autobiográficos que comunica (3,5-6), el modo de describir su situación (1,12-13) y presentar a sus cola-

boradores y amigos (2,12-24), o la evocación de los dones recibidos de los filipenses y tesalonicenses (4,15-16), todo se corresponde con lo que sabe de él por la carta a los Gálatas y los Hechos, pero también por 2 Cor 8,1-5 (véase Hch 17,1-9). Si exceptuamos algunos pasajes —sobre todo Flp 2,6-11—, la afinidad de estilo, de lenguaje y un vocabulario muy abundante común con Gal, Rom, 1 y 2 Cor, confirman aún más la procedencia paulina de la carta a los Filipenses.

En los textos cristianos más antiguos pueden encontrarse ecos de esta carta. Hacia mediados del siglo II, Policarpo de Esmirna no solo alude a pasajes de la carta (*Carta de Policarpo a los Filipenses* 9,2; 12,3), sino que recuerda explícitamente a los destinatarios que Pablo también les había escrito (3,2) [véase recuadro inferior]. A partir de comienzos del siglo III encontramos citas de la carta que se atribuyen a Pablo, como en los casos de Clemente de Alejandría y Tertuliano.

Cuando Pablo escribe, no cabe ninguna duda de que está encarcelado y amenazado de muerte. Pero ¿dónde? Si no lo especifica es porque sus destinatarios estaban al corriente; de hecho, ellos mismos le habían

enviado a Epafrodito, uno de los miembros de la comunidad, para ayudarle (2,25).

Lamentablemente, no es este el caso para el lector moderno, que se encuentra reducido a las hipótesis.

La más antigua, admitida tradicionalmente hasta el siglo XVIII, es que Pablo se encontraba prisionero en Roma a comienzo de los años 60. Ya en el siglo II, el prólogo marcionita comentaba:

«Los filipenses son macedonios. Desde que acogieron la palabra de verdad, persistieron en la fe y no recurrieron a los falsos apóstoles. El apóstol les hace un gran elogio cuando les escribe desde la cárcel en Roma por mediación de Epafrodito». Pero a lo largo

Alusiones a Filipenses en la Carta de Policarpo a los Filipenses

«Porque ni yo, ni hombre alguno, puede seguir la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo, el cual, cuando estuvo entre vosotros, enseñó cara a cara a los hombres de aquel día la palabra de verdad con cuidado y certeza; y cuando estuvo ausente, os escribió una carta, en la cual, si la escudriñáis con diligencia, podréis ser edificados en la fe que se os ha dado» (3,2).

«Por tanto, os exhorto a todos a ser obedientes a la palabra de justicia y a soportarlo todo, según visteis con vuestros propios ojos en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sí, y en los otros también que han venido a vosotros, así como en el mismo Pablo y en el resto de los apóstoles; estando persuadidos de que todos éstos *no corrieron en vano* [Flp 2,16], sino en fe y justicia, y que están en su lugar debido en la presencia del Señor, con el cual han sufrido también. Porque no amaron al mundo presente, sino a Aquel que murió por amor a nosotros y fue resucitado por Dios para nosotros» (9,1-2).

«Orad en favor de todos los santos. Orad también por los reyes y potentados y príncipes, y por los que os persiguen y aborrecen, y por *los enemigos de la cruz* [Flp 3,18]; que vuestro fruto pueda ser manifiesto entre todos los hombres, para que podáis ser perfeccionados en Jesucristo» (12,3).